

La familia

En el contexto de la Navidad, este domingo presenta a nuestra contemplación el misterio de la Sagrada Familia de Nazaret. Jesús en el centro. Por él y para él se han unido sus padres María y José en verdadero matrimonio, aunque sea un matrimonio virginal. El hijo aquí es fruto no de las relaciones sexuales de los padres, sino de la acción especial del Espíritu Santo, a la que los padres han prestado su plena colaboración. Es un amor sin sexo y sin eros. Es un amor de plena donación, totalmente oblativo, sin ningún egoísmo. Un amor virginal, que lleva a su culmen el amor humano. Esta familia de Nazaret ilumina el misterio de la familia, tal como Dios la ha pensado para el hombre. La familia humana es un icono de la familia trinitaria, y en la Sagrada Familia de Nazaret se ha hecho carne para todos nosotros.

El amor es inagotable cuando tiene su fuente en Dios. Ese amor se ha derramado en la tierra por la acción del Espíritu Santo en María, en la Iglesia, en toda la humanidad por el misterio de la Encarnación. Es el amor que da estabilidad a la unión de los esposos, varón y mujer, fundamento de la estabilidad de la familia. El sacramento del matrimonio es una nueva efusión del Espíritu Santo, que convierte a cada uno de los cónyuges en esposo el uno para el otro, signo del amor de Cristo a su Iglesia. Cuando el hombre se aparta de Dios, su capacidad limitada de amar se agota y la estabilidad de la familia se quiebra. Lo que es un deseo auténtico del corazón humano, un amor para siempre, se ve como algo imposible, que rompe el corazón y deja insatisfecho. La clave de la estabilidad de la familia está en encontrarse con Dios en el corazón de Cristo.

Y el amor es difusivo, tiende a expandirse y a comunicarse. Los hijos son la prolongación natural y gozosa de ese amor. El amor de los esposos no termina en cada uno de ellos. Sería un cortocircuito. La fecundidad de los hijos convierte a los esposos en padres, y los hijos son una motivación continua que provoca nuevas donaciones de los esposos. Vivimos una época antinatalista. El amor a la vida es tan escaso, que no llega a generar el necesario relevo generacional. Nuestra sociedad ha llegado a tal bienestar que no quiere tener hijos. Pero este camino acaba con la misma sociedad. Por eso, se hace más necesario que nunca anunciar con la vida el proyecto de Dios sobre la familia. Este proyecto de una familia estable y fecunda sigue siendo atractivo. Es el único proyecto que puede llenar el corazón humano.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
30.12.2007